

# El Perú: Un Destino Previsible

por Sebastián Salazar Bondy

Tal vez, la historia peruana de estos días sea vista por los hombres del futuro como una suerte de vértice de ardientes contradicciones. Esa que entrevemos como dichosa generación considerará al Perú de hoy como resultado de un proceso que es, sin duda alguna, el de una lenta maduración. Al pesimismo que en algunas voces expresa su desconfianza en el logro final de la vida pacífica y feliz hay que contraponer la tenaz convicción de que, aun en los más desalentadores desastres persiste el proyecto de la patria intachable que anhelamos. Oponerse a la desazón que nos ahoga cuando creemos estar ante un fracaso, es un deber. Y es, sobre todo, un deber juvenil. El tiempo, la historia en verdad, parece correr ciegamente, pero nuestra lucha, nuestro empeñamiento, nuestro sacrificio, dejan un sedimento que se afirma sólidamente. Las contradicciones que hierven en el crisol de la actualidad se funden y conjugan en un juego de rechazo y atracción que no es otra cosa que la constancia inminente de una vocación que tiene una irroslayable meta: la Democracia.

Cada peripecia política, y cada sorpresa que en sus hechos se da, contiene la posibilidad de la última solución. No ha habido en la experiencia humana, de otra parte, nacionalidad —y al decir nacionalidad se dice cultura— que no haya costado el duro precio que a los peruanos nos está costando el Perú. Eso, además, lo hace más nuestro, porque lo hace emanar de nuestro dolor y de nuestra sangre. Tener la patria como propia es haberla obtenido así, no como préstamo sino por conquista vital. Y los que nos extienden la factura son precisamente los que contradicen ese destino, los que intentan retardarlo, los que se empeñan en hacer subsistir los errores y los defectos que combatimos.

Ha tenido prosperidad insospechable la idea de que el Perú es un país imprevisible. Aparte de que la historia no registra el caso de una nación cuyos acontecimientos fundamentales hayan podido ser determinados de antemano por medio de una clave, eso quizá sea legítimo en lo anecdótico y contingente, mas no, por cierto, en lo esencial. En tal orden, desde los orígenes de la República —y

probablemente más atrás— es posible descubrir cómo hay una cima que se trata penosamente de alcanzar. Siempre hallaremos en la memoria del Perú el grito que reclama una organización justa donde sea uno solo el punto de partida para todos los ciudadanos en su quehacer por crear y dejar de herencia un fruto útil. Ese es el grito de los libertadores: se llamaron Túpac Amaru, Castillo, Piérola o Mariátegui, y tendrán otros nombres todavía, pero siempre su actitud significará, por sobre todo, una pertinaz reclamación de justicia y bienestar general. Estamos en condiciones de prever hacia dónde marchamos.

Es dable dividir, por eso, a los peruanos en dos grandes grupos: los que, consciente inconscientemente, aceptan la falaz fatalidad del "país que no tiene compostura", y los que, por convicción o amor, saben que el Perú, para usar una expresión semejante a la anterior, está componiéndose contra todos los intentos negativos. Los primeros son aquellos que mantienen, casi siempre por la fuerza, el estado de cosas injusto, la autoridad intolerante, el rigor caprichoso, la voluntad individual por encima de la colectiva. Los segundos son todos los que, en la derecha o en la izquierda, buscan la realización del sino con que la patria nació. En esta justa no puede haber otros vencedores que los que encarnan la verdad peruana, y la verdad peruana se llama libertad.

Seguramente quienes hoy vivimos y actuamos no somos historia propiamente dicha. El Perú no protagoniza el drama del mundo presente. Mientras la humanidad debate otros conflictos, nosotros estamos en la escena inicial. Aunque así sea, tenemos una obligación primordial: intervenir en la existencia que nos ha tocado, sin vacilaciones, decididos a llevar a la patria a su finalidad. Tal participación nos hará dar, en aras del Perú, la seguridad, el provecho, la libertad y aun la vida. El precio es bajo si por lo que nosotros perdamos nuestros hijos ganarán el premio de un país enorgullecido. La crisis que nos desgarrará será contemplada entonces como la nebulosa original de una gran promesa.